LA TERTULIA.

Biblioteca Nacional de España

Es propiedad y queda prohibida la reproduccion del todo ó parte de lo contenido en este tomo.

Biblioteca Nacional de España

LA TERTULIA.

SEGUNDA ÉPOCA.

CIENCIAS, LITERATURA Y ARTES.

SANTANDER.

Imprenta de Solinis y Cimiano, Arcillero, 1.

1876.

Biblioteca Nacional de España

Biblioteca Nacional de España

AL QUE LEYERE.

Entra en su segundo período La Tertulia, conservando su nombre antiguo pero con propósitos diversos, si no opuestos, á los que en sus niñeces mostraba. Dirigióse entonces á las damas, y hubo de ser su carácter ameno, la ligereza su alma, su principal distintivo la agudeza de ingenio, su base la charada. Acogióla con indulgencia, no á sus escasos méritos proporcionada, el público femenino; deleitaron á no pocos hombres los discretos y variados artificios allí espuestos á la curiosidad y adivinacion de lectores no muy ocupados ni impacientes, y La Tertulia sirvió de honesto y sabroso esparcimiento á gran número de familias montañesas en las largas noches del pasado invierno.

No reniega de sus modestos orígenes La Tertulia, pero al entrar en el segundo volúmen de su publicacion, ataviada con nuevas galas tipográficas y en todo lo que á su parte material pertenece sobremanera mejorada, juzga oportuno corresponder á la creciente benevolencia de sus amigos, ampliando el número, calidad y estension de los trabajos que en sus columnas aparezcan. Cuenta para tal objeto con la más ó ménos asídua colaboracion de diferentes escritores montañeses y de algunos forasteros conocidos y apreciados unos y otros en la república de las letras. Segun el uso de tiempo atrás lo manda, titúlase *Periódico de ciencias, literatura y*

Biblioteca Nacional de España

artes, no por mera fórmula ó vanidoso alarde, sino porque de todo ello ha de aparecer algo en su coleccion, *Deo volente*. Procuraráse escoger con acierto y relativa severidad los materiales, variarlos en lo posible, unir, segun la asendereada receta horaciana, lo útil con lo agrable, evitar toda pesadez y monotonía, huir del trivial y amanerado estilo periodístico y guardar un cierto *decoro* literario. Antes se disolverá LA TERTULIA que convertirse en fábrica de malos versos ó de insípidas historietas.

Respetaráse cuidadosamente en sus artículos el dogma y la moral católicos, que son el dogma y la moral de sus colaboradores. Se evitará todo escarceo en el campo de la política diaria ó militante, y solo á la literatura (en toda la estension de la palabra) se dirigirán los aunados esfuerzos de los *tertuliantes*. Tendrá nuestra *Revista* (si tal nombre merece) un carácter español puro y castizo, que importa conservar más que nunca hoy que el contagio estranjero cunde y se propaga que es una maravilla. Será sobre todo *montañesa*, como nacida y criada en la noble capital de Cantábria, y á cuanto con la historia y literatura del país se relacione, dará siempre muy señalada preferencia. Estudios sobre nuestros antiguos monumentos, curiosas investigaciones acerca de la pasada vida de esta noble y poderosa raza, cuadros de su vida presente, noticias eruditas de todo género, biografías de montañeses ilustres, y ensayos críticos sobre escritores del país, tradiciones y leyendas.... todo ocupará lugar en las páginas de este papel volante, destinado, si la fortuna lo consiente, á ser una verdadera *Revista literaria montañesa* digna del pueblo ilustradísimo y opulento en que vé la luz, y eco fiel del muy notable movimiento literario que, de algunos años á esta parte, habrán notado los menos linces, en la capital de la Montaña. Preciso es que esta vaya conquistando por grados la *autonomía* intelectual que otras más afortunadas regiones de España disfrutan; pues ni en viveza de fantasía ni en cordura y buen seso, ni

Biblioteca Nacional de España

en laboriosidad y diligencia ha solido ceder el pueblo cántabro á las otras gentes peninsulares. Santander pudiera llegar á ser el centro de una escuela literaria, si para un fin comun llegasen á unirse los esfuerzos, hoy tan gloriosos como aislados, de sus diversos escritores. A tal objeto se encamina LA TERTULIA, y tal vez sea parte esta razon para conquistarla el aprecio de los montañeses, al cual corresponderá en la medida de sus fuerzas.

La Redaccion.

Biblioteca Nacional de España

UTILIDAD DE LA TOLERANCIA DE TODAS CLASES,

PROBADA CON NOTICIAS SOBRE EL DESCUBRIMIENTO DE AMÉRICA.

El primero y más sólido fundamento que pudo tener Colon (y no dejó de alegarle), para afirmar que se hallaria la India navegando constantemente desde Europa hácia Occidente, se halla en estas palabras de la *Geografía* de Ptolomeo (Cap. II): «*Cum enim ex Mathematicis præsuponetur continuam et terræ et maris superficiem, quasi per totas partes, esse rotundam, et idem centrum habere cum sphera cœlestium.*» Es decir, que la tierra era un globo, cuyo centro lo era tambien del movimiento circular de los astros, segun el sistema bien sabido del mismo Ptolomeo y lo que parece á nuestra vista, de que tan caro costó á Galileo desengañar á los que no ven, ni quieren ver, mas que por sus ojos.

Con aquella base, y lo que cada dia tarda el sol en dar vuelta á la tierra (ó la tierra en mostrarse al sol, que para el caso es igual), combinado con lo que se desvía cada año á uno y otro lado del Ecuador, formando las cuatro estaciones, no era difícil calcular que ya estaba descubierta más de la mitad del globo terráqueo, de Occidente á Oriente, porque ya era conocido, cuando menos, un cuarto del círculo meridiano, desde el Ecuador al polo Norte; bien que suponiendo su estension menor de la que es realmente, por hacerse sin datos de exactitud matemática la reduccion correspondiente á los rodeos que inevitablemente se daban en los caminos y navegaciones, únicos medios de medir entonces usados, y mas difíciles que en nuestro siglo; en el que, con otros muchos medios, tampoco se ha logrado medir exactamente mas que algunos grados, y aun en esos hay dudas.

Así, en el capítulo VII de su *Geografía*, calcula bien Ptolomeo, con referencia á Marino, tirio, que la tierra más setentrional entonces conocida, *Thule* ó Islandia, distaba á lo mas del Ecuador 63° ó partes, de las 360° del círculo meridiano; pero antes dice que esta division puede tener las proporcio-

Biblioteca Nacional de España

nes ó escala que cada cual crea. Él juzgaba, de acuerdo con Marino, que cada grado equivalia próximamente á 500 estadios (cap. XI); los que, á razon de ocho estadios la milla romana y cuatro de estas la legua, dan á cada grado quince leguas españolas próximamente (62 1|2 millas romanas pone Ptolomeo por equivalentes, en la tabla ó mapa XI del Asia); cuando, en realidad, contiene el grado unas veinte leguas. Por tanto, aunque se midiesen despues mejor las distancias, no es de estrañar que Colon calculase haber mucho menos de la que hay á la India oriental, marchando desde España hácia Occidente; pues ya Ptolomeo calculaba que desde las islas Fortunadas ó Canarias, extremo occidental entonces conocido, de donde se empezaba á contar la longitud de Occidente á Oriente, habia 177 1|4 grados hasta *Seras* y hasta *Catigara*, por mar, lo mismo; quedando aun más al Oriente la capital de los *Sinas* (chinos), que entonces seria Nanking. De modo que eran 180°, ó doce horas del círculo diario del sol, la longitud del orbe conocido; las cuales, en el supuesto de rodearle por círculo máximo, esto es, que pasara por el centro, serian la mitad de su circunferencia; pero mucho más rodeándole á la latitud de la zona templada setentrional, donde se habia medido.

A esto debia de añadir Colon lo navegado posteriormente hasta su tiempo al Occidente de Canarias, que, hasta las Azores, son algo mas de 10°; y, por el lado de Oriente, lo que resultaba de las relaciones de Marco Polo, mercader veneciano, que llegó en el siglo XIII al Japon ó *Zipango*, cuando en tiempo de Ptolomeo apenas se habia llegado al principio de la China y del Tibet, que llama *Seras* ó *Sérica*. El mismo Ptolomeo ponia la desembocadura del Ganges á los 145° desde Canarias, y la costa de la China á los 180°, esto es: 35° de diferencia ó distancia entre estos dos últimos puntos; y solo hay 20° á 25°, sin contar con que no se rodea por círculo máximo. Desde el principio de la China al Japon hay 35°, en realidad, que, conforme á las apreciaciones de Ptolomeo, debia suponer Marco Polo más de 50°, máxime cuando volvió del Japon y la China por mar, cruzando el Ecuador dos veces. En efecto: el mapa de la India superior y Gran Tartaria, diseñado conforme á las relaciones de Marco Polo (que en el reverso del mapa mismo se extractan), y publicado, con otros de lo últimamente descubierto, en la edicion de Ptolomeo concluida en 1525, que tengo á la vista (1) se pone á la isla de *Zimpangri* entre los 260° y 270° de longitud E. desde Canarias, y esten-

(1) ARGENTORATI. *Iohannes Grieningerus, communibus Iohannis Koberger impensibus excudebat. Anni à Christi Nativitate MDXXV. Tertio Kals. Aprilis.*

Biblioteca Nacional de España

dida más de 20° de Norte á Sur, que es lo largo de todas las grandes islas, apenas divididas, que forman aquel imperio. Añadidos, pues, á los 270° de Canarias al Japon, ó *Zipangi* de Marco Polo, otros 10° de Canarias á las Azores, en direccion opuesta, quedaban por esta banda 80°, para completar la circunferencia del globo; y, á 15 leguas cada grado, segun los apreciaba Ptolomeo, resultaban ser 1,200 leguas españolas cuanto se proponia navegar Colon.

¡Feliz error! diré con Lamartine, pues se acercaba tanto á la realidad, para un tan buen geógrafo de aquel tiempo como era Colon, que igual distancia muy próximamente hay desde las islas Canarias á las Lucayas, primera tierra del Nuevo Mundo que descubrió, esto es: 60° de á 20 leguas españolas. Aun de esto suponia que mucho debia ser tierra, ó prolongacion del Asia; y por eso, cuando vió prolongarse el mar, disminuyó sagazmente la distancia que se andaba, y cuando creyó que estaba á punto de llegar, llegó, no á la *Zipango* que buscaba, sino á las tierras que ocupan el sitio donde fundadamente la suponia.

En esta creencia murió, y estaban todavía sus contemporáneos cuando se hizo en Strasburgo la edicion de Ptolomeo citada; pues en el mapa general del orbe que la acompaña y tiene la fecha de 1522 (1) se figuran ya todos los 360° de longitud, empezando desde Canarias hácia Oriente: se hace llegar el continente asiático, en *Cathaia* ó China, hasta los 255°, y se figura mar, ó espacio desconocido, hasta los 290° donde se pone lo último descubierto hasta entonces en el Nuevo Mundo, esto es: el continente y una parte de la *Isábela* (Cuba) que Colon no acabó de costear y tuvo por Zipango. La *Española* (Haiti) se pone (como isla) á los 310°; y el continente, ya llamado *América*, prolongándose al Sur hasta más de los 40° de latitud austral, y al Oriente, desde los mismos 290° de longitud, hasta cerca de los 350°, y, por consiguiente, del primer meridiano adoptado; titulándose al estremo oriental *Caput S. Crucis*, esto es: *Cabo de Santa Cruz*. En efecto: el Brasil, al que dieron los portugueses cuando le descubrieron el nombre de *Tierra de Santa Cruz*, se extiende mucho más al Oriente que Cuba y Haiti, aunque no tanto como suponia la mala fé portuguesa, que, por este tiempo, disputaba hallarse incluso en las 370 leguas al Occidente de las islas de Cabo Verde, donde Alejandro VI fijó el límite divisorio entre los descubrimientos de una y otra nacion de la pequeña península hispánica que se repartian sencillamente la mayor parte del mun-

(2) *Orbis Typus Universalis. Juxta Hydrographorum Traditionem Exactissime Depicta.* 1522. *L. F.*

Biblioteca Nacional de España

do. Por eso no se dejarian en este mapa, formado con datos portugueses, únicos que se tenian en el particular, mas que 10° desde la tierra de Santa Cruz hasta completar el círculo de 360°, en las Canarias donde se empezaba.

Nótese que hasta 6 de Setiembre de este año 1522 no volvió á San Lucar de Barrameda la competidora del sol, la nao *Victoria*, despues de haber rodeado la primera el mundo, y no podian saberse, ni mucho menos apreciarse debidamente, los inmensos resultados de su viaje. Tampoco de los viajes de los portugueses contiene la menor señal el mapa del Asia, segun Marco Polo; y sin duda los ocultaban, ó desfiguraban; pues en el mapa general citado de 1522 se hallan la isla *Taprobana* y *Java mayor* junto á la de Madagascar; Ceilan á la punta de la península de Malaca, donde están Sumatra y Java en realidad, juntamente con Borneo, y alguna de ellas seria la que se titula *Java menor;* en fin, el *Cathay*, ó China, se pone poco mas ó menos como le describió Marco Polo. No hay el menor indicio del Japon ó *Zipangi*, teniéndosele por parte de lo conocido ó desconocido del Nuevo Mundo, segun queda dicho, ni de las Molucas, donde, caminando por opuestos rumbos, se acaban de encontrar y tratar como enemigas las naves castellanas y portuguesas, por cuatro sacos de especería, en vez de rendirse mútua admiracion y respeto.

Todos los antecedentes referidos en nada disminuyen el mérito de Colon, ni de los que supieron comprenderle, como el prior de la Rábida y los Pinzones; antes le acrisolan y suben de punto, quitando á la casualidad ó aventura cuanto acreditan el estudio y génio; porque otras opiniones más generalmente admitidas en su época pudo seguir: la de Aristóteles, por ejemplo, que tambien supone ser la tierra un globo, pero de cuatrocientos mil estadios de circunferencia, casi el doble de la realidad. Ptolomeo y Colon, como matemáticos, supieron corregir las sublimes adivinaciones del filósofo de Stagira, valiéndose de la comparacion del dia más largo del año en cada localidad, desde el Ecuador al Norte, para calcular con bastante exactitud las latitudes: por ejemplo, la de Islandia á los 63° partes de 90° en que dividian este cuarto de la circunferencia meridiana. Lo que no acertaron, ni tenian medios de comprobar con tanta exactitud, es de qué estension efectiva era cada una de estas partes, y dieron, por consecuencia, al globo terrestre una circunferencia menor de la que tiene en realidad, pero no con tanto exceso como Aristóteles la supuso mayor.

Lo que más claramente se deduce de todas estas observaciones, á mi modo de ver, es la grande utilidad de una tolerancia mútua, entre todos los hombres y para todas las opi-

Biblioteca Nacional de España

niones; pues si Marco Polo hubiera encontrado en Kulaib Kan, el gran conquistador de la China, una soberbia semejante á la que otros dominadores de menos importancia han manifestado, y una incredulidad semejante á la que el mismo Marco Polo halló en su patria y familia, calificándose sus relaciones de fábulas, (aunque omitió prudentemente algo de lo más increible, como la muralla de la China), nunca hubiera vuelto á Europa; y en muchos siglos no se hallara una situacion tan propicia como la que halló, para recorrer, favorecido por un soberano tan poderoso y demás descendientes del famoso Gengis Kan, la parte más extensa y desconocida del Asia, en que dominaban. Tampoco hubiera podido fundarse en las observaciones de aquel incansable viajero el proyecto de Colon, ni inspirarle, tal vez, la fé y constancia con que, al cabo de muchos años de lid contre la ignorancia y el fanatismo, alcanzó la verdad y el triunfo.

Ahora ya no hace falta descubrir el mundo material, pero sí gobernar é ilustrar á los que le habitan; y si la Europa no se entiende y armoniza para mantener, cuando no adelantar, la civilizacion general de que tan orgullosa se muestra ¿quién sabe lo que será de ella y del mundo, cuando la mayoría de la poblacion de él, todavía ignorante y bárbara, solo aprenda las artes relativas á la dominacion y las aplique de una manera tiránica y exclusiva? Ya una vez pereció la civilizacion greco-romana: en Occidente, bajo el hierro de hordas salvajes que eran más y peleaban mejor que los romanos; en Oriente, bajo el entusiasmo fanático de los secuaces de Mahoma. Lo que sobrevivió en artes y ciencias necesitó más de mil años para su *renacimiento* (donde ha renacido), padeciendo entre tanto la humanidad todas las exajeraciones de la intolerancia y barbarie. Evítense, al menos, calamidades semejantes á las que aun sufren los descendientes de Priamo y Homero, y aunque el cetro de la inteligencia, como el del poder, pase de unas en otras manos, segun ha sucedido hasta ahora, consérvese la moral cristiana, el ingenio griego, la magnanimidad romana, todo, en una palabra, lo que enaltece al hombre, semejándole á su Criador.

ANGEL DE LOS RIOS Y RIOS.

Biblioteca Nacional de España

PARÁFRASIS DE UN HIMNO GRIEGO

DE SINESIO DE CIRENE, OBISPO DE TOLEMAIDA.

Ven, armoniosa lira,
Que un tiempo resonabas
Cual la Lesbiana que de amor suspira,
Y leve acompañabas
Himnos de Teos que el placer inspira:
En dório canto, ahora
Ensalce tu voz grave
No bellas de sonrisa seductora,
Ni la lazada suave
Que une al mancebo y la mujer que adora,
Sino aquella luz pura,
Aquella eterna fuente
De dó mana el saber que siempre dura,
Que es la gloria esplendente
Y la verdad, la ciencia y la hermosura.
Huyo de la falacia
De profanos amores
Por el eterno amor que nunca sácia,
De mundanos loores
Por el divino aliento de la gracia.
¿Es comparable el oro,
O la beldad terrena,
O de los altos reyes el tesoro,
O la amorosa pena,
Al pensamiento del Señor que adoro?
La cuadriga ligera,
Saeta voladora,
Dirija el uno en rápida carrera:
Otro su cabellera
Sobre los hombros muestre brilladora:
Celebren su belleza
Las jóvenes, los mozos:

Biblioteca Nacional de España

Otro, avaro, persiga la riqueza,
Que yo tengo mis gozos
En penetrar la soberana alteza!
En vida silenciosa
Quiero vivir y oscura
Sin el eco de fama vagorosa,
Y ver con mente pura
Las obras de la mano poderosa.
¡Ven, oh Sabiduría,
Más que el oro preciada,
Que la luz brotas que al mancebo guia.
Y en la áspera jornada
Vigor das al anciano y energía!
Ya la cigarra bebe
El matinal rocío,
Y alegre canta sobre rama leve...
Sonar la lira debe...
¿Quién ha de producir el canto mio?
Las cuerdas se estremecen
Y dulce voz resuena,
Los sácros himnos á mi Dios empiecen.
Él los espacios llena,
En él comienzan y por él fenecen.
Y toda criatura
Que habita el ancho suelo
Salió por él de la tiniebla oscura;
Velado en lumbre pura
Mora el Señor en la amplitud del cielo.
La Unidad increada,
La Mónada primera,
La causa de las causas no engendrada,
La actividad entera
Se halla en triple poder multiplicada.
En haces reunida
La luz, ya se condensa,
Ya en triple rayo estiéndese esparcida,
Y sin cesar, inmensa,
Brota del puro centro de la vida.
¡Lira mia, detente!
Los celestes arcanos
No revelar es justo á la ímpia gente,
Deja el cielo eminente,
Oculta sus misterios soberanos.
Mas solo en ideales
Mundos reposa el alma
Sin vagos pensamientos terrenales.

Biblioteca Nacional de España

Y su anhelar se calma
Tan solo en las esferas celestiales.
Allí brotó la llama
Del alto pensamiento,
Puro destello que el Señor derrama
Desde el sublime asiento,
Soplo vital que la materia inflama.
El alma decaida,
Divina semejanza
Conserva siempre, á la materia unida,
Y guarda la esperanza
De tornar á la fuente de su vida.
De la divina esencia
Partícula es la mente,
Reflejo de la pura inteligencia,
Que dó quiera presente
Reanima y vivifica la existencia.
Emanacion del Cielo,
Cuando el mundo dirije,
Del ángel toma el trasparente velo,
Y fecundiza el suelo,
O el curso errante de los astros rige.
Pero la pura *idea*
A veces encarnada
En la materia yace que la afea,
Y vive encadenada
En la triste mansion y onda Letea.
Mas siempre en nuestros ojos
Alguna luz fulgura,
El alma siente aquí vagos enojos:
Sedienta de ventura,
Quiere dejar los míseros despojos:
A lo infinito tiende
Por una oculta fuerza,
Cuando la nada de la tierra entiende,
Y, sin que el rumbo tuerza,
Místico vuelo los espacios hiende.
¡Feliz, rayo divino,
Si rota la atadura
Que al bajo mundo te enlazó mezquino,
Cumplido tu destino,
Puedes volver á la celeste altura!
¡Dichoso si, áun viviendo
Del cielo desterrado,
Vas los terrestres lazos sacudiendo,
Y en amor inflamado,

Biblioteca Nacional de España

De Dios las maravillas conociendo!
El ánsia vehemente
De verdad escondida,
Dé alas al espíritu potente,
Y brillará fulgente
Lumbre del trono de Jehová vertida.
Tu curso peregrino
Dirigirá su mano
Con rayo precursor en tu camino,
Y mostrará divino
El foco de belleza soberano.
¡Valor, pues, alma mia:
En las eternas fuentes
Tu sed de ciencia saciarás un dia;
Por alcanzar porfía
Del Cielo las moradas esplendentes!
De terrena existencia
Rotos los férreos lazos,
Has de volver, humana inteligencia,
Con místicos abrazos
A confundirte en la divina esencia.

M. Menendez y Pelayo.

Biblioteca Nacional de España

LA MUJER DEL CIEGO ¿PARA QUIÉN SE AFEITA?

Es evidente que el hombre se acostumbra á todo.

Ama con delirio á su esposa, á su hijo, á su madre: cree que si la muerte le arrebatase el objeto de su amor, no podria sobrevivirle; y llega la muerte al cabo, y se lleva la prenda querida.... y no se muere; la llora una semana, suspira un mes, viste de luto un año, y con el crespon que arranca de su sombrero á los trece meses, desarraiga de su pecho el último recuerdo doloroso.

Vive en la opulencia, contempla la miseria que agóbia á su vecino, y cree de buena fé que si él se arruinara sucumbiria al rigor de la desesperacion antes que aclimatarse á las privaciones, á la levita mugrienta, á la estrechez de una boardilla, y, sobre todo, al desden de los ricos. Y un dia la inestable rueda dá media vuelta y le coje debajo, y le vacía los bolsillos, y le desgarra el frac, y le reduce á la más precaria de las situaciones; y, lejos de morirse, frota y cepilla sus harapos, devora los mendrugos de su miseria, y con cada humillacion que le procura el desprecio de sus mismas hechuras, mas afortunadas que él, siente mayor apego á la vida.

Quien se imagina, porque nació en América, que sin aquel sol, sin plátanos, sin dril y jipi-japa feneceria en breve; y la suerte le trasplanta á la mismísima Laponia, y allí, bajo una choza de hielo, sin sol, chupando témpanos, royendo correas de bacalao, y vestido de pieles, engorda como un tudesco.

Quien otro, artista fanático, gana el pan que le sustenta vergando pipas de aceite, ó pesando fardos de pimentón....

Y si así no fuera, si Dios, en su infinita sabiduría, al echar sobre la raza de Adan tantísima desdicha, tanta contrariedad,

Biblioteca Nacional de España

no hubiera dado al hombre una memoria frágil, un corazon ingrato, un cuerpo de hierro, una intencion diabólica, y una razon débil y tornadiza, ¿cómo llegaria al término de su peregrinacion por este mundo pícaro?

Pues bien, esta misma ley que tal se enseñorea sobre nuestro corazon y sobre nuestro temperamento, por su propio inatacable orígen se impone tambien al humano criterio y le obliga á aceptar como *cosas corrientes* los absurdos más peligrosos.

No es otra la razon del baile como fórmula *solemne* del regocijo social en la Europa civilizada, donde, *oficialmente*, el rubor, la compostura, el decoro de la doncella tienen un culto; ni me esplico de distinta manera la causa de que en esos certámenes lujosos de la escojida sociedad sea la mujer casada la que dá el *tono* en salones, espectáculos y paseos, con pleno, omnímodo, amplísimo consentimiento de su legítimo consorte.

Y ahora que estamos en nuestro terreno, discurramos sobre este hecho tan notorio como trascendental.

Y pregunto yo:

—¿Para qué se adorna la mujer?

Y me responden todas ellas:

—Para embellecer más y más nuestros naturales atractivos.

—Y ¿por qué quereis embellecerlos más y más? vuelvo á preguntar.

—Por rendir culto á un sentimiento de amor á lo bello que es innato en nosotras, vuelven á responderme; por *parecer bien*, como se dice vulgarmente.

—Y ¿qué es eso de *parecer bien*, tratándose de la mujer? insisto.

—Causar *cierta complacencia* en los hombres de buen gusto, y la mayor curiosidad posible en las mujeres de nuestra esfera, me responden aún.

—Y *¿qué pasa* por los hombres cuando se deleitan en la contemplacion de los hechizos de una mujer?...

Aquí callan estas quizá por ignorancia, acaso por prudencia; pero callan. Mas en su defecto responde la esperiencia de mis francos lectores:

—Un *deseo* más ó ménos vehemente, más ó ménos pronunciado de esos mismos hechizos.

—Luego, concluyo yo, la mujer que adorna sus naturales gracias con el fin de embellecerlas más y más á los ojos voraces de los hombres, si deliberadamente no provoca el asedio de estos, dá, cuando menos, ocasion á él. Esto es lógica pura.

Ahora bien: no tengo inconveniente en admitir esta con-

Biblioteca Nacional de España

clusion para la mujer soltera; que, al cabo, con ese anzuelo se pescan casi todos los maridos; pero la que ya le tiene ¿debe ostensiblemente aceptarla para sí? ¿puede, acaso, sin su propio decoro? No, seguramente.

Y aquí me sale al encuentro un hecho que se está pegando testerazos con esta ley.

Mientras la mujer es soltera, las faltas que cometa refluyen sobre ella esclusivamente, y nadie mas que ella paga, á costa de su porvenir, las flaquezas ó debilidades de su fortaleza; pero desde el momento en que se casa, todos sus deslices redundan en desprestigio, en desdoro de su marido. Pues bien, el hombre sabe esto, ¡como que en su egoismo lo ha dictado él como una ley social! y sin embargo, en su ciega obstinacion, cuando se trata de la hija, toda precaucion se le antoja escasa, y cuando se trata de la esposa, toda libertad le parece poca. A la primera le exige un guardian asalariado para la calle, cuando carece de una madre, ó de una hermana no soltera que le presten la influencia de su autoridad; le tasa el número y la clase de los espectáculos y las horas de paseo; le prescribe el modo de andar, las espresiones del rostro y los asuntos de sus conversaciones; le fija el color, la calidad, la forma de sus vestidos, y hasta le impone las horas de descanso y los platos de su comida. A la segunda ni una traba, ni una restriccion en su conducta pública ó privada: es libre como el aire; vá por donde quiere y como y cuando quiera; viste lo que más le gusta, habla de lo que se le antoja y se ocupa de lo que le acomoda. En suma: á la doncella, todas las seguridades; á la casada, á su propia mujer, es decir, á su propio honor, todos los peligros. Áteme usted esa perspicacia por donde pueda.... y prosigamos.

Decia que la mujer casada no aceptaria jamás, ostensiblemente, como móvil de su presuncion, el efecto sensual que he definido; al contrario, sostienen todas que al rendir á la moda ese ostentoso testimonio de adoracion, no les anima otro afan que el de satisfacer esa misma pasion; que visten, que bailan y que pasean, como el gastrónomo come, y bebe el sediento, y estudia el sábio; pero que, *en todo caso*, aun cuando (y esto lo dicen en confianza y muy bajito) aun cuando el efecto que causan en el otro sexo sus exhibiciones y coqueterías les fuera préviamente conocido, ningun peligro corrian en ello, ni tampoco sus maridos, supuesto que el sentimiento de sus deberes, la educacion, etc., etc., se opondrian, y que es un agravio hasta hacerlas capaces por un instante de exponerse siquiera á... y que su distincion por arriba, y que su dignidad por abajo. En fin, que no puede ser.

Yo voy á demostrar que sí.

Biblioteca Nacional de España

Al efecto, examinemos su tésis. «Que visten y bailan y triunfan, por el mero afan de vestir, de bailar y de triunfar; y que, aunque *otra cosa fuera*, ningun riesgo corrian en ello ni su honra ni la de sus maridos.»

Tenemos aquí dos aseveraciones, á cual mas importantes, que rebatir; y para proceder en órden, y con mejor éxito, empiezo haciéndome cargo de la primera.

La mujer que necesito para ejemplo, la conoce perfectamente el lector y se la encuentra todos los dias en la calle, en los entierros, en el teatro, en el paseo, en las tiendas, en todas partes menos en su casa. El invierno, el verano, el frio, el calor, la lluvia, el sol, las tinieblas, la alegría, las lágrimas de los demás, todas las estaciones, todas las horas, todas las circunstancias climatéricas, meteorológicas y astronómicas, todas las preocupaciones, todos los acontecimientos sociales, políticos y religiosos la ayudan en su empresa; todo lo esplota para sus fines.—Con el barro se luce una bota hecha *ad hoc* en Francia; sobre el polvo se arrastran unas enaguas que harian la fortuna de un pobre; con el frio se ostentan las ricas pieles y el pesado terciopelo; con el calor las gasas leves; de noche el abrigo fantástico; en el duelo la mantilla de encajes, el rosario de gruesos corales, ó las doradas cifras del devocionario cubierto de oloroso cuero; en el baile, en los salones..... ¡oh, aquí todos los recursos de la fortuna, de la naturaleza y de la coquetería!—Esta mujer no existe solamente en los grandes centros de la elegancia; existe tambien en la más humilde capital de provincia. En la corte será un teatro más grande, más aparatoso; pero su papel es el mismo en los pueblos provincianos, con la ventaja de ser en estos sus relumbrones de más efecto, su vocacion más enérgica, su voluntad más decidida. En una como en otra region, este tipo vive para todo menos para su familia, y de todos se deja ver menos de sus hijos y de su cocinera.—Los demás puntos de diferencia importan poco ó nada: en los tiempos que corremos y lejos de las etiquetas palaciegas, una ejecutoria de rancia nobleza se suple fácilmente con un caudal efectivo.... ó aparente, con un destino bien remunerado, ó con uno de esos créditos *de prestidigitacion* que, por mas que no se conciban en su orígen, se dejan apreciar á cada paso en sus efectos.—La posesion de cualquiera de estos diplomas y un palmito regular, basta á una mujer vana para hacerle creer que no es vulgo, que es *distinguida*. Inmediatamente, no conformándose con que su propio convencimiento se lo diga, exije el testimonio de *alguno mas;* despues no le basta que dos, diez ó veinte que la hallan al paso se lo confirmen: necesita *hacerse sentir* en todo el círculo de sus *semejantes*. Así se lanza á la

Biblioteca Nacional de España

carrera del *buen tono*. Si el *porvenir* se vislumbra en ella, se observa entonces que adquiere popularidad en esta esfera su *hechizo* especial, v. gr.: la pantorrilla, un lunar en el seno... algo que pertenezca al catálogo de lo oculto, y á la jurisdiccion esclusiva de los ojos de su marido.—Es de advertir que cada mujer de esta madera tiene su *especialidad* por el estilo; y tambien es de notar que no ignora que los hombres la conocen en todos sus detalles, y que no la conocen estos por haber sondeado con ojo profano los misterios del tocador, sino porque ella la ha puesto *coram pópulo* con la frecuencia necesaria y en ocasion oportuna. — Así las cosas, necesita popularizarse toda entera, y por ende aspira á que de ella se hable como del sol; que nadie ponga en duda sus resplandores; á que sean proverbiales su belleza y su elegancia hasta entre aquellos que no la han visto. Si lo consigue, un síntoma infalible se lo dá á entender: deja de ser *señora* y se convierte simplemente en *Fulana de tal*, sin mas doña, ni mas *de* ni otra zarandaja; ó en *Fulanita*, ó *Fula*, ó *Fulita Tal;* con cuya llana contraccion la citan siempre en sus recuerdos pollos, modistas, solterones, cursis y demás gente nociva... y la prensa, si la hay en el pueblo, que sí la habrá, gracias á Dios, para sahumerio, cuando menos, de estos ídolos, y decirnos si van ó si vienen, ó si vestian de *nube* ó de *carámbano* la noche de la recepcion de *X* ó de *Z*.—La popularidad en esta forma es la consagracion del apetecido encumbramiento de la heroina. Los hombres la admiran y la codician; las mujeres la odian. Triunfo completo.

Sustancia de todo este potaje: una mujer *á la moda*, que aspira siempre y en ocasiones llega á ser, una mujer *de moda*.

Esta aspiracion significa: una lucha sin cuartel con todas y cada una de las demás mujeres que se dirijen al mismo fin y con las que á él han llegado ya; arrancar á estas el cetro y conquistar á todas ellas su corte, ó sean sus apasionados satélites.

Entre estos hay mucho tonto, es verdad; muchos hombres que solo anhelan que el público los vea en familiar inteligencia con el astro de moda; pero los hay tambien muy diestros y muy pegajosos que van derechos *al bulto*, y no gustan de perder el tiempo en escarceos inocentes.

Es preciso, pues, tolerar á los unos, *transijir* hasta cierto punto con los otros y mostrarse afable, nada escrupulosa y un tantito insinuante con todos. (Aquí asoma la oreja la causa de la publicidad del precitado hechizo *secreto.)* Y poner en juego el arsenal de recursos que tal campaña exije, defenderse, acometer, herir con ellos, segun las circunstan-

Biblioteca Nacional de España

cias, y no conocer sus respectivos efectos la misma persona que los maneja con magistral habilidad, ¿es posible acaso?

Concediendo cuanto en este asunto puede concederse, admito que no sea la *sensacion* de marras en el otro sexo el móvil único y esclusivo de los alardes públicos de esta mujer; pero negar que la conoce y que la acepta como el arma más poderosa para llegar al fin que se propone... es imposible, porque está á la vista.

Y demostrada así la falsedad de su primera aseveracion, paso á destruir la segunda, tarea harto fácil, en verdad.

«Que aun conociendo la mujer casada el susodicho efecto; aun siendo este el móvil de sus afanes, ni para su honra ni para la de su marido hay peligro en entregarse á ellos.»

Démos de lado todo lo que se viene preceptuando desde Jesucristo hasta el último de nuestros moralistas acerca de la conducta pública y privada que debe observar una *buena* esposa; fuera esta arma, por su temple, demasiado ventajosa para mí; y arguyendo solo al sentido comun, prescindamos tambien del estado, y consideremos á la mujer como sexo simplemente. Y ahora respóndaseme: la que tiene *por oficio* hacer ostentacion pública de sus atractivos morales, físicos y artificiales, aceptar lisonjas y galanteos y resistir más de un asedio tenaz ¿se expone á sucumbir en la lucha?—Es evidente que sí; y aunque la historia de la humana debilidad no lo enseñara, me lo confirmaría el hombre mismo, el vencedor de esas luchas, poniendo un guardian á la virtud de su hija, de cuyas fuerzas desconfía, porque él las ha probado en otro terreno análogo.

Y si la hija es débil ¿por qué no ha de serlo la esposa jóven? ¿tienen acaso distinta naturaleza?

Pero aun quiero suponer, cerrando los ojos á la elocuencia de los mil desastres conyugales que recuerdo, que todas las mujeres *de moda* salen vencedoras é incólumes de sus luchas. La fama que en ellas se adquiere pregona la posibilidad y muy á menudo las *probabilidades* de todo lo contrario.

Una mujer casada como la del tipo que nos ocupa, lo primero de que prescinde es de sus deberes domésticos, de los derechos de la autoridad, de la consideracion, de todo lo que se refiere á su marido.

Pues este síntoma, segun Balzac, hombre competentísimo en la materia, se presenta siempre que la mujer está resuelta á profanar la fé conyugal. Y no es lo peor que lo diga él, sino que los hechos comprueban con una precision horrible, la exactitud de la máxima.

Callo en obsequio á la especie la definicion que dá el mis-

Biblioteca Nacional de España

mo filósofo de la mujer que vive, como esta, de sus vanidades mundanas: sus adjetivos sacan sangre, y yo no soy cruel.

Recomiendo, en su defecto, la no menos autorizada opinion, aunque mas suave, del sublime Cervantes, apropósito del mismo asunto:

«La buena mujer, dice, no alcanza la buena fama solamente con ser buena; sino *con parecerlo.*»

Verdad es que las aludidas podrán objetar á este sábio dictámen:—«Nosotras no buscamos buena fama, sino que, conservando la que ya tenemos adquirida, vamos en alas de nuestro gusto por la atmósfera de nuestras inclinaciones.»

Pero es el caso que el sutil manco, como si previera esta objecion, añadió, para confundirla, la siguiente friolera:

«Mucho más dañan á la honra de las mujeres las *desenvolturas* y *libertades públicas* que las maldades secretas.»

Aunque esta máxima es contundente, yo quiero todavía prescindir de ella en obsequio á la mayor amplitud posible para la defensa de las *acusadas*.

—«Balzac y Cervantes, podrán decir estas, no pasan de ser dos hombres de mucho talento... segun fama, pues nosotras jamás les hemos visto *en la sociedad;* y por tanto, sus opiniones no son al cabo mas que.... dos opiniones particulares.»

Aceptando yo, por un momento, tamaña herejía, en mi propósito de atacar al enemigo (vamos al decir) en sus trincheras, apelo ahora á la sinceridad de los mismos satélites de esas señoras, ó lo que es igual, sus apasionados, sus aduladores, sus amigos, las personas que más las admiran, acatan, estiman y consideran; y les pregunto:—Resueltos á casaros ¿eligiríais para mujer propia una de *esas?* Pongo las dos orejas por la negativa. *Ergo.....* No formulo la consecuencia, porque está en la mente de todos hasta en la de las aludidas, aun desde antes que yo estableciera como premisas los hechos consignados hasta aquí.

Una vez demostrada la existencia del peligro para la mujer, es evidente, por necesidad, el del hombre que, á este propósito, no es mas que un cuerpo con la desdichada virtud de reflejar en tamaño centuplicado la menor de las máculas de la honra de su adjunta.

Habrán observado ustedes que á medida que adquiere popularidad en el mundo el nombre de una mujer, va olvidándose el de su marido, y que cuando la primera está en la cumbre de su triunfal carrera, cuando se la cita en todas partes con la llaneza que más atrás indicamos, el segundo ha perdido todos sus títulos personales.

Biblioteca Nacional de España

Verbi gratia.

—¡Quién es ese *sujeto?* pregunto al pasar junto á uno que, sin saber por qué, me llama la atencion.

—*El marido de Fulanita de Tal,* me responden.

No tengo más que averiguar. Ya sé que aquel sujeto es... nadie, ménos que nadie: *el que paga* los despilfarros de la mujer cuyo nombre arrastra.

No puede darse, para un nieto de Cain, una condicion más humillante, un desprestigio más lastimoso.

Pues esto es lo ménos que le cuesta á un marido *la gloria* de serlo de una mujer de moda, ¡lo ménos!

Y, sin embargo, con ello habia sobrado para..... Les aseguro á ustedes que pensando en la posibilidad de despertar de un *sueño* semejante se concibe hasta la *morcilla municipal.*

La idea de esta posible catástrofe me escusa estender mis consideraciones hasta los casos de *lesion enormísima* en el honor conyugal por los propios *escesos elegantes* en la mujer.

El lector, no obstante, puede discurrir sobre este tema, y de su cuenta y riesgo cuanto guste: yo, entretanto, voy á permitirme hacer una salvedad que juzgo necesaria en mis inofensivos propósitos.

Al condenar la pasion desenfrenada del lujo y de la popularidad en la mujer casada, no pretendo someter á esta á su antigua condicion de esclava, ni trasformarla en beata gazmoña, ni condenarla á perpétua clausura: tan peligroso seria cualquiera de estos estremos como el otro para la felicidad conyugal.—Uno de los más bondadosos moralistas cristianos, dice: *Time Deum et fac quod vis.*—Con tal que temas á Dios, puedes hacer lo que te dé la gana.—En la necesidad de formular yo mi pensamiento sobre el asunto en cuestion, diria algo parecido á este sábio precepto á las señoras mujeres: «Cumplid con vuestros deberes de esposas, y despues haced lo que os acomode»; bien entendido que sujetándose ellas á la condicion de la primera cláusula, no me apuraria por verlas disfrutar ámpliamente de la libertad entendida en la segunda. Ni la visita, ni el vestido, ni el paseo, ni el mismo rigodon, *aliquando,* presentarian entonces á mis ojos el menor síntoma alarmante.

Sin embargo, antes de solemnizar este contrato, precisaria con toda claridad un punto interesantísimo, para evitar ulteriores disgustos.—Yo entiendo por deberes de esposa su atencion constante hácia esos mil detalles domésticos que constituyen el fundamento de la vida íntima, desde el estrado hasta la cocina, desde los calcetines del niño hasta el ropero del marido... ¡Oh, el marido sobre todo! sus derechos,

Biblioteca Nacional de España

su prestigio, nada antes que ello.—La tan ilustre por el talento como por la cuna, la condesa Dash, dice á este propósito:—«Tu único, tu urgente negocio (se dirije á la mujer casada) es agradar á tu marido, conservar su ternura y esparcir en torno vuestro un perfume de poesía que le impida pensar en otra cosa.... Vela *tu misma* por lo que él tenga en mas estima, y *no confíes á los criados el cuidado de su ropa y de su gabinete.*»

Elijo de intento esta autoridad, porque su doble carácter de mujer y de mujer del gran mundo presta al consejo mayor importancia.—Las razones en que le funda esta célebre escritora pueden servir á la vez como testimonio de mi sinceridad al proponer semejante *plan de conducta:* «No olvides, continúa, que el marido es el jefe por Dios y por la ley, por la sociedad y por la naturaleza: tu eres débil, él es tu apoyo y tu protector... *¡y nada más dulce que ser protegida por el que se ama!*»

Conspirando á un fin tan dichoso, no cabe egoismo en proponer los medios que yo he propuesto; ni aceptándolos es posible verlos por su lado prosáico.

De acuerdo sobre este punto *ella* y yo, firmaria con la fé de un bienaventurado, el convenio de más atrás... *et si non, non;* entónces, y solo entonces, le diria sin el menor recelo: «haz lo que te dé la gana;» entonces, y solo entonces, la veria sin estremecerme abarrotar su tocador, porque seguro estaria de que al encerrarse en él, conforme al consejo de la misma ilustre señora, «para *asearse* todo le pareceria poco, para *pintarse* todo le pareceria mucho,» fórmula, cuya aparente trivialidad abarca entero el modelo de una mujer discreta.

Mientras á él se ajustan las de mi cuento, que no se ajustarán, *returnons á nos moutons;* es decir, vuelvo á mi tema. No comprendo cómo es la mujer casada la que *dá el tono* en paseos, salones y espectáculos, siendo tan notorios los riesgos que en la empresa corre el prestigio de su marido... He dicho mal: comprendo que la mujer casada aspire á esos triunfos de su vanidad, y que á ellos consagre todos sus afanes: lo que al sentido comun se resiste es que lo tolere, y hasta lo aplauda (¡borrego!) su marido.

Por eso dije al principio, y lo he demostrado con un ejemplo más, que *el hombre se acostumbra á todo.*

Ahora, si ustedes me preguntan que cómo este supremo legislador de costumbres, egoista y tiranuelo por naturaleza, arregló las cosas de tal manera; cómo promulgó esa ley cuya ejecucion habia de caer sobre su propia mollera á modo

Biblioteca Nacional de España

de ignominiosa coroza; cómo, en fin, se colocó, pudiendo evitarlo, en la necesidad de mostrar tan inaudita mansedumbre; si ustedes, repito, me preguntan esto... tampoco sabré dar una respuesta satisfactoria, porque no soy tan fatalista. Y á fé que si lo fuera, nunca podria citar con más oportunidad que ahora el tan sabido apotegma pagano:

Quos Jupiter vult perdere dementat prius.

José María de Pereda.

LA FORTALEZA.

TRADUCCION DE VICTOR HUGO.

Qué piensan esas olas que vienen reposadas
á acariciar los flancos de ese fatal peñon,
que brilla entre las brumas, como luciente cota,
al encendido rayo del epirota sol?
No han visto en el espejo de sus tranquilas aguas,
cuyos cristales rompe de aquel gigante el pié,
que allá en su negra cima ostenta blancos muros
como un turbante en torno de su precita sien?
¿Qué esperan? para cuándo su cólera potente
mejor que contra el crímen pudieran reservar?
Dén tregua ¡oh mar! tus iras al débil navegante,
y minen sin descanso la roca secular.

Biblioteca Nacional de España

Que en sus cimientos, débil, vacile y se desplome,
y caiga en tus abismos su duro pedernal,
y su hórrida cabeza, cubierta de murallas,
descienda la primera al fondo de la mar.
Oh! dime cuánto tiempo para hundir en la nada
la roca y sus baluartes te fuera menester?
un dia? un año? un siglo?... á qué medir el tiempo
si límites no tiene tu inmensurable ser.
Contra esa roca lanza tus aguas tempestuosas,
rojas con las arenas del fondo de la mar:
un siglo es para el tiempo, en su medida eterna,
lo que en tu vasto seno es una gota mas.
Confunde en tu honda sima ese fatal escollo,
y tus rizadas ondas, con pertinaz vaiven,
pasando y repasando sobre el odiado sitio,
para los hombres borren hasta el recuerdo de él.
Que el alga submarina de verde cabellera
corroa tus contornos con persistente afan,
mientras tendido é inmoble en tu sombrio lecho
en sus abismos duerma el sueño sepulcral.
Que nunca la mirada su fortaleza informe
ni al través de las aguas alcance á percibir;
y en su rodar constante cada una de sus ondas
un trozo de sus torres consiga destruir.
A fin que en este mundo no quede de ellas resto,
y pueda la comarca tranquila respirar,
al ver que ya no existe de Alí, pachá de Epiro,
la torre, centinela fatídico del mal.
Y un dia el atrevido, de Cos diestro piloto,
costeando las riberas que amancillara Alí,
al ver un torbellino que el mar sume en su centro,
diga á los pasajeros absortos «Era allí.»

ADOLFO DE LA FUENTE.

Biblioteca Nacional de España

VARIEDADES.

ENVIANDO UNOS VERSOS.

Versos de dias que recuerdo apenas,
¡tan remotos están!
descolorida luz de horas serenas,
á complaceros ván.
Cuando memorias juveniles vienen
tristes á emponzoñar
hondas llagas que bálsamo no tienen,
¿no es mejor olvidar?

ENVIANDO UNOS LIBROS.

Amigos que estos libros hojearon,
decian que en sus páginas quedaron
mi corazon y el pensamiento mio;
por si acaso acertaron,
los libros os envío.

AMÓS DE ESCALANTE.

¡POBRE FLOR!

Una flor de hermosura peregrina
de un jardin arranqué,

Biblioteca Nacional de España

y, despues de regarla con mis lágrimas,
á tí te la entregué.
En la nítida nieve de tu seno,
su belleza ostentó
un dia; mas al otro, vida mia,
la flor se marchitó.

—

Era la flor de mi esperanza aquella
que yo te dí, mi bien:
la nieve que agostó sus bellas hojas
fué la de tu desden.

RICARDO OLÁRAN.

EL AVERIGUADOR DE CANTABRIA.

Con este título aparecerá en cada número de nuestro periódico una série de preguntas sobre materias de curiosidad y erudicion, publicándose ó no las que se nos dirijan, segun estén dentro de las condiciones de LA TERTULIA ó fuera de ellas, á juicio del Director.

Daremos preferencia á las relativas á la historia de Cantábria.

Tanto las preguntas como las respuestas, se dirigirán firmadas á esta Redaccion, insertándose ó no la firma, segun plazca al remitente.

1.ª ¿Sabe álguien la verdadera patria de D. José Gerardo de Hervás, que, á principios del siglo pasado, publicó en el *Diario de los Literatos* una sátira famosísima?

Si nació (como sospechamos) en Portillo, ¿es este alguno

Biblioteca Nacional de España

de los dos pueblos de tal nombre en la provincia de Santander?

M.

2.ª Asegura la tradicion que en la iglesia colegial de *Santillana* y en el sepulcro de la nave colateral de la Epístola, existe el cuerpo de la infanta *Doña Fronilde*, gran bienhechora de aquella.

Se desea saber qué *Doña Fronilde* se supone allí enterrada, y cuál es, de las dos que figuraron en tiempo del Conde Fernan Gonzalez.

M. DE C.-M.

3.ª Existe alguna traduccion castellana de *Propercio?*

M.

4.ª Se desea saber la etimología del nombre Bárcena, tan comun en muchos pueblos de esta provincia.

B.

5.ª ¿Existe impresa ó manuscrita la obra titulada *Entretenimientos de un noble montañés amante de su pátria?* ¿Quién fué su autor?

E. P.

6.ª ¿Podrá decirnos algun sábio en qué consiste la filosofía de las obras de Rabelais y su mérito literario?

P.

7.ª ¿Qué noticias biográficas existen de *Bernardino de Escalante*, natural de Laredo, además de las que él dá en los *Diálogos de arte militar* y en otras obras suyas?

M. DE C.-M.

8.ª ¿Quién fué el autor de una traduccion de la *La Guerra de los dioses*, poema impío y obsceno, de Parny, impresa (segun reza la portada) en 1820, *imprenta del Misal Romano?* ¿Puede atribuirse con algun fundamento á don Manuel Ramajo, autor del *Elogio del rebuzno* y de la *Apología del asno?*

X.

Biblioteca Nacional de España

9.ª ¿Pertenece á Moratin una traduccion del *Cándido*, de Voltaire, impresa con su nombre en Valencia (aunque la portada dice en *Cádiz)* hácia 1835?

M.

---

10. Se desea saber en qué sitio se hacia el concejo de la villa de Santander, y desde cuándo tuvo lugar fijo donde celebrarse.

E. P.

---

11. ¿Qué noticias se conservan de las relaciones de la inquisicion con la historia de este país?

E. P.

---

12. Se desea saber el significado de la palabra *Rumen*, palabra usada en nuestra provincia en los siglos XV y XVI.

E.

---

13. Se conoce alguna traduccion de *Lucrecio* fuera de una inédita de 1791, que por las iniciales del intérprete (J. M. R. C.) atribuimos al abate Marchena?

¿Pueden interpretarse de otra manera dichas iniciales?

M.

SECCION BIBLIOGRAFICA.

En esta seccion se dará cuenta de todas las publicaciones de las cuales se remita un ejemplar á esta Redaccion, haciéndose además juicio de las que le merezcan, y de todas las relativas á cosas del país.

Biblioteca Nacional de España

Biblioteca Nacional de España

LA TERTULIA.

SEGUNDA ÉPOCA.

REVISTA QUINCENAL DE CIENCIAS, LITERATURA Y ARTES.

Se publica en Santander los dias 1.º y 15 de cada mes, en entregas de 32 páginas, de esmerada impresion.

Precio 4 rs. al mes, tanto en Santander como fuera, franco de porte.

Se suscribe en su Administracion, calle del Arcillero, número 1, piso 1.º

LA TERTULIA.

(PRIMERA ÉPOCA.)

COLECCION

de artículos humorísticos, pensamientos poéticos, charadas, enigmo-charadas, dobles enigmas, acertijos, logrogrifos, rompe-cabezas y otros escesos,

POR

VARIOS INGENIOS MONTAÑESES.

Forma un tomo en 8.º de 404 páginas de esmerada impresion.

Su precio 20 rs., y 12 rs. para los suscritores en Santander y 15 fuera, franco de porte certificado.

Los pedidos, al Administrador de **La Tertulia, Arcillero, 1, principal.**

Biblioteca Nacional de España